

La calle para el martes primero de julio de 2008
Diario de un espectador
Chihuahuenses en la Academia
por miguel ángel granados chapa

A partir del 26 de junio y por primera vez en la historia, hay simultáneamente dos chihuahuenses en la Academia mexicana de la lengua, dijo el poeta, traductor y novelista Carlos Montemayor (que es uno de ellos) al dar la bienvenida a su paisano Víctor Hugo Rascón Banda. Antes de decir el justo elogio al nuevo académico, Montemayor repasó la presencia de los oriundos de Chihuahua en esa corporación.

El primero fue el parralense José Fernando Ramírez, miembro de la Real academia de la lengua española desde cinco años antes de la fundación de la Academia mexicana. Historiador, jurista y diplomático, su figura fue obscurecida por haber colaborado con Maximiliano, como canciller del Imperio. Once años después de iniciadas las labores de la Academia mexicana fue elegido miembro suyo el doctor Porfirio Parra, eminente educador nacido en la capital de aquel estado. Parra ocupó la silla número tres, que había sido honrada por Joaquín García Icazbalceta y en la que se aposentaron después nadie menos que Antonio Caso, Antonio Mediz Bolio y José Luis Martínez, silla vacante hoy por la no muy distante y siempre lamentada muerte de quien fuera director perpetuo de la corporación.

Transcurrió más de medio siglo para que ingresara a la Academia otro chihuahuense. Pero la larga ausencia de nativos de aquel solar norteño se compensó con la talla de quien rompió esa anómala circunstancia. Se trató de Martín Luis Guzmán, a quien con énfasis pleonástico obviamente deliberado Montemayor calificó como una de las “cumbres cimera” de la lengua española. No tuvo necesidad el académico que elogiaba a Rascón Banda de hacer lo propio con Guzmán, cuyas novelas sobre la Revolución mexicana (compuestas en amplia medida a partir de su experiencia personal en ese movimiento histórico y su saldos) son ejemplo de prosa tersa y vigorosa.

En 1956 fueron nombrados académicos correspondientes (que es la categoría que identifica a los miembros de la corporación que no residen en la ciudad de México) los historiadores Francisco Almada, nacido en Chimpas, y José Fuentes Mares (también dramaturgo y novelista), oriundo de la capital estatal. Elegido miembro en 1970, el novelista Rafael F. Muñoz murió antes de ingresar formalmente a la academia, por lo que sólo hubo nueva presencia chihuahuense con la entrada de Montemayor, en 1985.

Rascón Banda entró en el teatro después de haber profesado como maestro de primaria, y de literatura española en escuelas secundarias, y de haberse graduado de licenciado en derecho en la UNAM. Casi desde su ingreso recibió honores por la calidad de su obra. Entre ellos se encuentra el reconocimiento que los tres poderes de su estado natal le extendieron el 8 de septiembre de 2003 y que fue refrendado el propio jueves 26. Tras la sesión solemne en que hablaron el académico de nuevo ingreso y quien le ofreció la bienvenida, el gobernador José Reyes Baeza aprovechó la ocasión para honrar a Víctor Hugo, quien respondió haciendo una reivindicación de su patria chica, tan zarandeada en la realidad y a través de los medios de comunicación por las atrocidades de la delincuencia,

Los dos oradores chihuahuenses citaron el texto del propio Rascón Banda leído en todas las salas del mundo en el Día mundial del teatro, el 27 de marzo de 2006, que comienza diciendo: “Todos los días deben ser días mundiales del teatro, porque en estos veinte siglos siempre ha estado encendida la llama del teatro en algún lugar de la tierra”.

Por eso, y con razón, Montemayor llamó a su paisano “custodio de esa llama”. Y terminó deseando, en delicada alusión a la lucha de Víctor Hugo contra sus males, “que tu denuedo y fortaleza de voluntad te permitan mantener esa luz, entre nosotros, en esta tu nueva casa, por muchos años”.